



**FRATERNIDAD INTERNACIONAL DE HOMBRES DE NEGOCIOS DEL
EVANGELIO COMPLETO**

CIRCULO DE ORACION E INTERCESION (COI)

SEMINARIO - EL HOMBRE ESPIRITUAL - CAPITULOS (11) Y (12)

PANAMA

Revisión	Descripción	Fecha
1	Emisión inicial	11-06-2021



TABLA DE CONTENIDO

1.	CAPITULO 11 (LA EXPERIENCIA DE LOS CREYENTES ANIMICOS)	3
1.1	LA VIDA DE LOS CREYENTES ANIMICOS.....	3
1.2	LA OBRA DE LOS CREYENTES ANIMICOS.....	7
2.	CAPITULO 12 (LOS PELIGROS DE LA VIDA DEL ALMA).....	14
2.1	LAS MANIFESTACIONES DE LA VIDA ANIMICA.....	14
2.2	LA LOCURA DE LOS CREYENTES.....	16
2.3	EL PELIGRO DE VIVIR CENTRADOS EN EL ALMA.....	18

1. CAPITULO 11 (LA EXPERIENCIA DE LOS CREYENTES ANIMICOS)

1.1 LA VIDA DE LOS CREYENTES ANIMICOS

La vida de los creyentes anímicos no puede ser la misma en todos, debido a las diferencias de las personas. Cada individuo tiene su propia personalidad. **Cuando uno cree en el Señor y es regenerado (eternamente), la personalidad no es aniquilada.** De lo contrario, la eternidad ino sería muy interesante! Así que, la vida anímica de los creyentes difiere según la persona. Por esta razón, sólo podemos hablar en términos generales, mencionando los asuntos que son más prominentes en la vida anímica y describiendo en forma breve, las experiencias de los diferentes aspectos, a fin de que los hijos de Dios puedan comparar sus propias experiencias.

Los creyentes anímicos se caracterizan por ser curiosos. Estudian las profecías bíblicas para conocer los eventos futuros a fin de tener la información que satisface su mente curiosa. Tienden a mostrar sus diferencias y su superioridad en la forma de vestir, de hablar y de actuar. Procuran lograr un éxito instantáneo y espectacular en la mayoría de sus actividades. Aun antes de creer en el Señor, ya tenían tal inclinación, y encuentran muy difícil vencer su vida natural después. No son como los creyentes espirituales, que no buscan entender ningún asunto inquisitivamente. **Los creyentes anímicos no tratan de reconciliar su experiencia con lo que Dios enseña, sino que principalmente prestan atención a la comprensión mental; es decir, les gusta razonar.** El fracaso que sufren, debido a que su experiencia no concuerda con su ideal, no es lo que les entristece, sino que no pueden entender con sus ideales ni con su mente las experiencias espirituales que aún no han tenido, y de este modo cometen el error de engañarse a sí mismos, pensando que lo que han entendido mentalmente equivale a una experiencia espiritual. Realmente, éste es un gran error.

En muchos casos, la mente de los creyentes anímicos es perturbada por los espíritus malignos, y sus pensamientos se vuelven confusos, mezclados y, en ocasiones, contaminados. En su conversación responden lo que no se les pregunta, y su mente viaja a altas velocidades; cambian el tema de conversación frecuentemente, lo cual demuestra lo difusos que son sus pensamientos. **Aun cuando oran y leen la Biblia, su cuerpo está presente pero su mente está lejos.** En sus hechos, ya sea al relacionarse con las personas o con cualquier asunto, actúan sin pensar de antemano. No obstante, cuanto se les dice algo acerca de su conducta y de la manera en que deben conducirse, ellos seleccionan incidentes similares en los que se comportaron de acuerdo a lo **estipulado**, a fin de demostrar cuán

cuidadosamente piensan y actúan, pues ocasionalmente, piensan antes de actuar. La conducta de un creyente anímico es muy inconstante.

Los creyentes anímicos se conmueven fácilmente. A veces están muy entusiasmados y contentos, mientras que otras, están deprimidos y tristes. Cuando están contentos, parece que el mundo es demasiado pequeño para contenerlos, y quieren huir a los cielos. Pero cuando están tristes, parece que no existen en este mundo. Algunas veces están extremadamente contentos y entusiasmados como si un fuego ardiera o como si hubieran encontrado un tesoro. En ocasiones cuando su corazón no está ardiendo, tienen una repentina sensación de pérdida, abatimiento e infelicidad. Su gozo o su abatimiento dependen de sus sentimientos. Son inestables e inconstantes. Su gozo y su aflicción gobiernan su vida.

Muchos creyentes anímicos son hipersensibles. Es difícil relacionarse con ellos porque piensan que todo gira en torno a ellos. Cuando no se les presta atención, se molestan. Cuando sospechan que los otros cambian su actitud para con ellos, se entristecen y se ofenden. Entablan amistades fácilmente con la gente. Dependen del afecto humano al grado que les es difícil separarse de las personas. Si existe un ligero cambio en las relaciones, eso les causa un dolor indecible en su alma, pero piensan que eso es sufrir por el Señor.

Dios conoce la debilidad de los creyentes anímicos. A menudo son egocéntricos y cuando consiguen algún progreso espiritual, se consideran especiales. A veces Dios les concede la gracia de tener experiencias extraordinarias, tales como el sentimiento de gozo y la sensación de que el Señor está muy cerca, que es muy real y tangible, todo ello con el propósito de que se humillen y se acerquen a Dios, quien les concedió esa gracia. **Sin embargo, ellos no actúan de acuerdo con lo que Dios desea. No le dan la gloria a Él ni se acercan a Él por haberles dado gracia, sino que utilizan la gracia de Dios como base de su jactancia.** Piensan que recibieron esa gracia porque son más fuertes que otros y creen que por tener tales experiencias son más espirituales que otros. Los creyentes anímicos tienen experiencias especiales y si son estimulados experimentan gozo. Todo esto hace que piensen que son más espirituales que otros, sin percatarse de que realmente todo ello es evidencia de que son anímicos. **Los creyentes espirituales viven por la fe y no por sus sentimientos.**

Algunas veces no es el sentimiento el que hace que los creyentes anímicos cambien. Con frecuencia, su corazón está fijo en el mundo que los rodea. Las personas, las cosas y los asuntos del mundo invaden su hombre interior, y hacen que pierdan la paz en su espíritu. **Si ponemos a un creyente anímico en un ambiente alegre, estará alegre, pero si está en una**



situación difícil, estará triste. Le falta el poder para crear su propio ambiente. Si lo que lo rodea es rojo, él se vuelve rojo, y si su entorno es negro, él se torna negro.

Los creyentes anímicos viven en una vida centrada en sus emociones. A fin de que los creyentes lleguen a ser espirituales, el Señor los capacita para que sientan Su presencia. Los creyentes anímicos se deleitan muchísimo en estas experiencias. Cuando experimentan esos sentimientos, piensan que llegaron a la cumbre y que han avanzado en la senda de la espiritualidad. Aunque a veces el Señor no les da tales experiencias, ya que no han alcanzado una vida de fe, a menudo Él les permite sentir Su presencia a fin de adiestrarlos gradualmente para que no confíen en sus sentimientos, sino que dependan únicamente de la fe. Sin embargo, ellos no entienden la intención del Señor y piensan que cuando tienen tales sentimientos, su condición espiritual está en la cumbre, y que cuando tales sentimientos se van, su condición es pobre.

Una característica común del creyente anímico es que habla mucho. No es que no sepa que debe guardar silencio, sino que cuando se entusiasma es impulsado a entrar en discusiones que no tienen final. Una vez que comienza a hablar, pierde el control y se derrama como una avalancha en discusiones interminables. No es que no examina lo que dice, sino que cuando lo hace, no se puede restringir. Todo lo que expresa procede de los pensamientos que han estado dando vueltas en su mente todo el día. Sabe que no debe ser locuaz, pero una vez que se entrega a la conversación, no puede dejar de hablar. **Sin embargo, cuando otros hablan de más, él se da cuenta de que eso no es apropiado y secretamente critica en su corazón.** Ya que sus palabras son muchas, las ofensas son inevitables. Pierde la armonía con los demás debido a los argumentos, o se le acaba el amor por causa de las críticas, o simplemente pierde el control de su corazón debido a tanta palabrería. Por ser tan parlanchín brotan pensamientos repentinos en su conversación, desviándose del tema o extendiéndose en su conversación.

Aunque los creyentes anímicos saben que deben de ser piadosos y que no deben bromear, les gusta bromear o escuchar chistes cuando conversan. Les agrada escuchar conversaciones alegres y vivaces, o cualquier charla que estimule su estado de ánimo. Las bromas son indispensables para el creyente anímico. Aunque ése no es siempre el caso, porque algunas veces aborrece las pláticas frívolas; salvo que no logra ser constante. Siempre que su emoción es estimulada, inevitablemente busca la algarabía para obtener placer.

Los creyentes anímicos se complacen con lo estético y tienen sus propios gustos. Les agrada seguir las perspectivas artísticas de la gente mundana, y cambian sus gustos según eso. No tienen la actitud de estar muertos para los conceptos humanos de la belleza. Por lo tanto, es inevitable que se sientan orgullosos de tener cierto gusto artístico.

A menudo ellos se van a los extremos y oscilan de un extremo al otro. Es posible que admiren el arte exageradamente, o que desprecien la belleza por completo. De modo que ni su ropa andrajosa les molesta y lo consideran como su sufrimiento con el Señor. No saben que los creyentes deben procurar estar limpios (no necesariamente bellos).

Los que son intelectuales expresan su vida anímica asumiendo una actitud "bohemia". En una mañana con brisa, o una noche con luna, se expresan en un tono heroico o triste. A menudo se quejan de sus vidas y lloran de angustia. Les gusta la literatura y admiran su belleza. También les gusta cantar y declamar, como si por recitar poemas tuvieran la experiencia maravillosa de trascender el mundo. Disfrutan los viajes, admiran las montañas y los ríos para así estar más cerca de la naturaleza. Algunas veces tienen el pensamiento de escapar del mundo y vivir en la soledad, ya que ven que la condición del mundo es cada vez peor. Mientras examinan tales pensamientos, creen que son trascendentes y nobles. Les parece que los demás creyentes son corruptos y vulgarmente insoportables. Tales creyentes se consideran muy espirituales, sin darse cuenta cuán profundamente anímicos son. **A ellos les es muy difícil entrar en una esfera totalmente espiritual. Están completamente controlados por sus emociones y no se dan cuenta del peligro que corren al vivir complacidos en sí mismos.**

Después de que los creyentes anímicos aprenden la doctrina con respecto a la diferencia entre el espíritu y el alma, fácilmente pueden comprenderla con su mente natural. Espontáneamente, encuentran muchas actividades anímicas en las vidas de los demás y sin mucho esfuerzo perciben la conducta y los pensamientos anímicos de los demás, pero no se dan cuenta de que ellos son tan anímicos como aquellos a quienes censuran, ni que están en la misma condición.

Los creyentes anímicos en su mayoría tienen un cúmulo de conocimiento espiritual, pero sus experiencias no concuerdan con lo que saben. Debido a que poseen mucho conocimiento, censuran mucho según su propia opinión. El creyente anímico llega a caracterizarse por criticar a los demás. Recibe gracia para entender cierta verdad, pero a diferencia de los creyentes espirituales, no recibe gracia para ser humilde. Hay cierta dureza en su trato con las personas. Los que están cerca de ellos tienen la impresión de que son estrictos e inflexibles. Mientras que los creyentes espirituales, por

haber sido quebrantada su corteza, son accesibles y amables. **A pesar de que dan crédito a la gracia de Dios y de que externamente le dan la gloria a Dios, todos sus pensamientos se centran en ellos mismos.**

No importa si se consideren buenos o malos, sus pensamientos no se apartan de ellos mismos. Así que todavía no se han perdido en Dios.

Los creyentes anímicos son orgullosos. Debido a que sus pensamientos están siempre centrados en ellos mismos, no pueden evitar ser orgullosos. Lo que más les duele es ser puestos a un lado, ya sea en la obra o en la evaluación de otros. No pueden soportar que otros no los entiendan o

hablen de sus errores. Pero los hermanos espirituales gustosamente aceptan lo que Dios disponga para ellos, ya sea exaltación o rechazo. **Los creyentes anímicos no están dispuestos a que se les considere inferiores ni a que se les menosprecie.** Incluso, después de que por gracia llegan a conocer la verdadera condición de su vida natural y a comprender cuán corrupta es, y se humillan ante Dios considerándose lo peor del mundo, piensan que son más humildes que otros y se jactan de su humildad. El orgullo yace en lo más profundo de su corazón, oculto de los demás y también de ellos mismos.

1.2 LA OBRA DE LOS CREYENTES ANIMICOS

En cuanto a las obras, los creyentes anímicos no se quedan atrás, pues son bastante activos, tienen gran celo y están dispuestos a ayudar. Eso no significa que laboren así debido a que Dios se lo ordenó. En realidad, hacen lo que les gusta y en conformidad con su entusiasmo. Piensan que es bueno laborar para el Señor, pero no saben que solamente es bueno cuando se labora en lo que Dios **ha asignado**. No están dispuestos a confiar ni tienen tiempo para esperar. No procuran sinceramente hacer la voluntad de Dios, sino que laboran de acuerdo con sus propias ideas y con los planes que ya hicieron. Laboran de tal manera que se consideran mucho más adelantados que los hermanos que avanzan más pausadamente. No saben que, si han obtenido la gracia de Dios, es más fácil para ellos tener un andar espiritual que para otros creyentes que tienen gran celo religioso.

Las obras de los creyentes anímicos se basan principalmente en sus sentimientos. Pueden laborar cuando se sienten contentos; de lo contrario, se detienen. Cuando su corazón es ferviente y se emocionan, pueden testificar del Señor por horas sin cansarse. Pero si no tienen tales sentimientos, se sienten fríos en sus corazones y faltos de entusiasmo, aun

cuando se enfrentan con una necesidad apremiante, por ejemplo, alguien en el lecho de muerte; en tal caso sólo emiten unas cuantas palabras o no dicen nada en lo absoluto. Cuando son invadidos por sus sentimientos de gozo, pueden correr mil kilómetros, pero si no es así, no dan ni un paso.

A ellos les encanta sentirse ocupados. Sin embargo, a diferencia de los creyentes espirituales, cuando hay mucho trabajo les es imposible mantener la calma de su espíritu para llevar a cabo las órdenes que Dios da apaciblemente. La acumulación de trabajo perturba su corazón. Cuando las circunstancias son confusas, sus corazones también se confunden. Su corazón es gobernado por lo externo, y se caracterizan por ser llevados de acá para allá con muchos que haceres y su corazón se carga de preocupación.

Los creyentes que se centran en el alma se desaniman fácilmente de su labor. No tienen una fe firme que confíe en Dios, quien puede llevar a cabo Su propia obra. No entienden la ley de la fe que Dios estableció. Son regulados por sus propios sentimientos y por las circunstancias. Siempre que sienten que han fracasado, aunque no sea necesariamente cierto, se desaniman. Desmayan cuando ven que el ambiente se nubla ya que no han entrado en el reposo de Dios.

Como no tienen una visión panorámica y sólo ven lo que tienen delante de ellos, se desaniman fácilmente. **La victoria del momento les trae regocijo, y la derrota los entristece.** No han aprendido a ver el final de la obra con fe. Desean victorias momentáneas para consolar los anhelos de su corazón, ya que, sin eso, no pueden confiar en Dios ciegamente ni avanzar con perseverancia.

Es muy fácil para los creyentes anímicos descubrir los errores de los demás, aunque ellos no son necesariamente mejores. Son prontos para criticar y difícilmente perdonan. No pueden obedecer las sugerencias de otros. Cuando investigan y corrigen las deficiencias de los demás, se sienten orgullosos, satisfechos y se alaban a sí mismos. Algunas veces cuando ayudan a las personas, aunque esto sea bueno, en muchos casos sus motivos no son rectos.

Los creyentes anímicos con frecuencia se precipitan. No pueden esperar en Dios. Siempre hacen cosas de una manera apresurada, impetuosa y urgente. Aun al llevar a cabo la obra de Dios, son impulsados por su entusiasmo y su fervor, y no pueden esperar hasta recibir instrucciones de parte de Dios para que los guíe y les abra el camino.

Las mentes de estos creyentes, por lo general están ocupadas con sus empresas. Calculan, planean, deliberan y son precavidos. Algunas veces recuerdan sus triunfos, sus fracasos y otros resultados. En ocasiones ven con antelación el futuro de su labor. Cuando piensan en el éxito que lograrán, el gozo los embarga. Pero cuando piensan en el lado oscuro, los vence la tristeza. En esos casos, a veces descuidan su comida y su descanso, ya que su mente está totalmente absorbida por su obra. ¿Piensan con la misma intensidad en su Señor? Muchas veces no. Piensan más en sus obras que en su Señor. Para ellos la obra del Señor es muy importante, pero a menudo se olvidan del Señor que les asigna la obra. La obra del Señor se convierte en el centro de todas sus actividades, mientras que el Señor de la obra queda relegado a un segundo plano.

Debido a que los creyentes anímicos pierden la verdadera visión espiritual, sus acciones siguen, sin que se den cuenta, la dirección de los pensamientos repentinos que afloran en sus mentes. Por lo tanto, las palabras que usan al predicar no son apropiadas ni suplen la necesidad de los oyentes. Pero debido a que suponen que hay ciertas necesidades en las personas, dicen cosas que no traen provecho, aunque lo hacen tratando de ayudar. Hacen reproches cuando se necesita conmiseración, y consuelan cuando se debe reprender. Todo ello se debe a que no tienen el entendimiento espiritual y a que dependen demasiado de sus pensamientos limitados. Aun después de ver la evidencia de que sus palabras son inútiles, no quedan convencidos.

También hacen muchos planes y tienen muchas opiniones. Debido a esto es difícil que trabajen con otros. **Piensan que tienen la razón en todo y esperan que los demás estén de acuerdo con ellos.** Su condición para trabajar con otros es que éstos, de una manera absoluta, estén de acuerdo con sus puntos de vista. Para ellos, hasta la más mínima idea está crucialmente relacionada con la verdad que se haya predicado recientemente. No pueden permitir que otros avancen en la obra si difieren de ellos en alguna opinión. **Ellos saben que no debe haber lugar para opiniones, pero si alguna opinión debe morir, no es la de ellos.** Se dan cuenta de que las sectas no son bíblicas, pero no es la secta en particular la que debe desaparecer. Todo lo que no sea parte de sus creencias, lo consideran herejía, pero esas creencias son rechazadas por los demás creyentes anímicos. Además de esto, el afecto es muy importante en su obra. Les encanta tener su pequeño grupo, su propio círculo íntimo. No laborar en compañía de otros hijos de Dios. Así que, dividen y clasifican a los hijos de Dios de acuerdo con su gusto.

Al predicar, los creyentes anímicos no se atreven a depender totalmente de Dios. Ponen su confianza en sus ejemplos, anécdotas, interpretaciones y elocuencia, o en su poder de persuasión. Incluso, los más famosos confían plenamente en ellos mismos, y afirman: **"Si lo digo yo, la gente tiene que escuchar"**. Es posible que dependan de Dios, pero también dependen de sí mismos. De ahí que es tan necesario tener una preparación académica muy avanzada. El tiempo que emplean en la oración, en buscar la voluntad de Dios y en esperar el poder desde lo alto, es menor que el que emplean concentrándose con ahínco en preparar bosquejos y en consultar fuentes de referencia. Memorizan mensajes enteros y los recitan en su predicación. Su mente ocupa el primer lugar en tal obra.

Naturalmente, en esas predicaciones uno se apoya más en los mensajes que en el Señor. Todo su interés gira en torno a lo que predicán para conmover los corazones humanos, en vez de depender de que el Espíritu Santo les revele a los hombres su necesidad y de que el Señor les supla su necesidad. Hacen hincapié y confían en su propio mensaje; aunque pueda concordar totalmente la verdad; sin embargo, si no es avivada por el Espíritu Santo, esa verdad no trae ningún provecho. Confiar en el mensaje, en lugar de en el Espíritu Santo, produce muy pocos resultados espirituales. Tal vez las personas acepten la predicación, pero sólo llega a sus mentes.

A los creyentes anímicos les gusta usar palabras sensacionalistas en sus predicaciones, mientras que los creyentes espirituales pueden dar una enseñanza clara, que nadie se había ni siquiera imaginado, ya que el Señor les ha dado bastante experiencia. A los creyentes anímicos les gusta imitar esto, ya que ésa es una de sus características. Piensan que solamente ese mensaje cautivará a los oyentes. Al predicar, les agrada usar imaginaciones extrañas. Si un pensamiento peculiar llega a sus mentes mientras caminan, hablan, comen o durmiendo, ellos lo anotan para utilizarlo más tarde, sin siquiera preguntarse si tal pensamiento fue revelado a sus espíritus por el Espíritu Santo ni si es una experiencia para ellos ni si es sólo un pensamiento repentino que les llegó.

Algunos creyentes anímicos se deleitan en ayudar, pero debido a que no han alcanzado mucha madurez, cuando tratan de ayudar, no saben cómo dar el alimento **a su tiempo**. Esto no significa que no tengan conocimiento, pues en realidad saben demasiado. Cuando ven que algo está mal en alguien, o se les comenta alguna dificultad, se creen experimentados y tratan de brindar su ayuda. Basándose en su limitada visión y en la capacidad de discernimiento que han acumulado observando a los creyentes de más experiencia, hablan con fluidez acerca de las enseñanzas bíblicas y de experiencias de algunos hermanos. Al ayudar a otros, por lo general, dicen todo lo que saben, y quizás algunas veces se exceden,

afirmando cosas que no saben, lo cual no pasa de ser especulaciones. Al ayudar a otros, hacen alarde de todo lo que tienen almacenado en su mente, y exhiben una cosa tras otra. No se preguntan cuál es la enfermedad específica de esta persona, ni si ésta es la necesidad de la persona, ni si las personas pueden absorber tantas enseñanzas. Algunas veces sin que nadie les pida que hablen, son motivados repentinamente y exponen muchas doctrinas espirituales, pero quizá muchas de ellas no son más que sus ideales. Hacen esto con el único fin de exhibir el conocimiento que poseen.

Sin embargo, todo eso difiere según los individuos. Algunos son muy callados y no dicen ni una palabra. Aun cuando hay una gran necesidad y ellos deberían hablar, mantienen la boca cerrada. Se inhiben por su temor y timidez naturales, y no tienen libertad. Se pueden sentar junto a los creyentes parlanchines y criticarlos en su corazón, pero su silencio no es de ninguna manera menos anímico.

Debido a que los creyentes anímicos no han echado raíces profundas en Dios, ni han aprendido a esconderse en Dios, siempre se hacen notorios. Aun cuando están haciendo una obra espiritual, procuran ocupar una posición prominente. Cuando asisten a una reunión, no escuchan, sino que quieren ser escuchados. Se gozan a lo sumo cuando son tenidos en gran estima.

Les fascina tener un buen dominio de la terminología espiritual. Se deleitan en aprender términos, frases y expresiones especiales. Cuando la ocasión se presenta, usan un término tras otro. Mientras predicán, usan palabras espirituales como material de su mensaje, aunque no sea de corazón. Lo mismo sucede en sus oraciones.

Son muy ambiciosos y siempre desean sobresalir entre los demás. En la obra del Señor, tienen un notable sentido de vanagloria. Aspiran a ser obreros poderosos, usados en gran manera por el Señor. ¿Cuál es la razón? Quieren ganar una posición para ellos mismos, es decir, buscan la gloria. Les agrada compararse con otros, probablemente no tanto con los obreros de Dios que no conocen, sino con los que conocen. Tal comparación y tal competencia secreta es muy intensa. **Menosprecian a los que están más detrás que ellos espiritualmente, pues los juzgan inferiores o pobres.** Cuando se comparan con los que tienen las experiencias más espirituales y profundas, piensan que ellos mismos no son inferiores. **Siempre desean ser grandes y ser la cabeza.** Esperan que su obra sea próspera y notoria. Claro que todas estas cosas están profundamente escondidas en sus corazones, y los demás no las perciben. Por supuesto, algunas veces sus pensamientos se mezclan con pensamientos puros, pero los pensamientos que mencionamos son más prevalecientes.

Es muy fácil para los creyentes anímicos estar satisfechos de sí mismos. Si el Señor los usa para salvar un alma, rebosan de júbilo. Si tienen algún éxito, se regocijan, pensando que son exitosos en el mundo espiritual. Si adquieren algo de conocimiento, piensan que han alcanzado una etapa verdaderamente profunda. Una evidencia común de que un creyente es anímico es que, como cualquier vaso pequeño, se llena fácilmente. Ellos no tienen la visión para percibir cuán grande y profundo es el océano. Mientras haya algo de agua en sus vasijas, están satisfechos. No se han perdido en Dios; pues si así fuera, no le darían mucha importancia a todas estas cosas. Sus ojos están siempre fijos en su yo insignificante, así que son afectados muy fácilmente por pérdidas o ganancias pequeñas. Debido a esta limitada capacidad Dios no puede usarlos. Si semejante jactancia resulta de salvar a diez almas para el Señor, ¿qué sucedería si se hubieran salvado mil? Después de haber experimentado algo de éxito en la predicación, los creyentes anímicos se creen personas maravillosas. A menudo desarrollan sentimientos de superioridad y se deleitan pensando que son diferentes a los demás, que son **"mayores que el mayor de los apóstoles"**. Algunas veces se entristecen porque otros no los consideran así; piensan que no los aprecian porque no son capaces de reconocer que ellos son profetas procedentes de Nazaret. Piensan que en sus mensajes hay ideas que nadie ha descubierto jamás, y que, si la audiencia no puede apreciar estos puntos maravillosos, se están perdiendo algo grandioso.

Después de cada éxito, pasan varios días felicitándose a sí mismos, o cuando menos se sentirán complacidos por algunas horas. En tales condiciones, piensan que pronto la iglesia de Dios verá cuán grande evangelista o predicador o generador de avivamientos o escritor hay entre ellos. Si nadie les presta atención, se afligen.

Los creyentes anímicos son creyentes sin principios. Es decir, sus palabras y hechos no siguen principios definidos. Su manera de vivir concuerda con sus emociones y su intelecto. Obran según se sienten o piensan, algunas veces de modo distinto e incluso, contrario a lo que acostumbran.

Este cambio puede verse fácilmente en un creyente anímico después de que ha llevado a cabo alguna labor. Se convierten en cualquier cosa que hayan predicado. **Si predicán mensajes acerca de la paciencia, serán pacientes por un día o dos después de la predicación. Si exhortan a las personas a alabar a Dios, después del mensaje continuarán alabando a Dios.** Pero nada de eso dura mucho tiempo. Eso obedece a que viven según sus emociones. Sus propias palabras motivan sus emociones para que vivan de cierta manera, pero cuando pasa la emoción, todo se acaba.

Un rasgo particular de los creyentes anímicos es que tienen muchos dones. Los creyentes que están atados por los pecados no son tan dotados como tampoco lo son los creyentes espirituales. Dios les da más dones a los creyentes anímicos con la intención de que voluntariamente los pongan en la cruz para volverlos a obtener con mayor gloria en resurrección, pero ellos no están dispuestos a hacerlo, sino que los usan exhaustivamente. Los dones originalmente dados por Dios debían haberse usado para la gloria de Él; **sin embargo, los creyentes anímicos creen que los dones les pertenecen y que la obra le pertenece a Dios.** No confían en el Espíritu Santo para que los guíe o los use, sino que actúan en conformidad con sus propias ideas. **Además, cuando la obra es un éxito, se glorían en ellos mismos.**

Por supuesto, esta jactancia y esta admiración personal se hace secretamente. Pero por mucho que traten de parecer humildes y ofrecer la gloria a Dios, no pueden evitar centrarse en sí mismos. **La gloria debe ser de Dios, de acuerdo, pero debe ser de Dios y también mía.**

Dado que tienen muchos dones, buenos pensamientos y mucho entusiasmo, pueden fácilmente atraer el interés de las personas y motivar sus corazones. **Por lo general, los creyentes anímicos tienen mucho carisma.** Cuando laboran, los creyentes comunes fácilmente los reciben con cierto reconocimiento. Realmente no tienen poder espiritual ni tienen el poder del Espíritu Santo que fluye como ríos de agua viva; lo que poseen es de ellos mismos. Lo que la gente ve es lo que ellos tienen, pero allí termina; así que les es imposible hacer que otros reciban vida espiritual. Externamente aparentan ser muy ricos, pero en realidad están extremadamente secos.

Debemos agregar algo más: los creyentes no tienen que esperar hasta ser completamente librados del dominio del pecado para llegar a ser creyentes anímicos y tener las experiencias mencionadas anteriormente. De acuerdo con la experiencia de los creyentes, muchos están bajo el dominio del cuerpo para pecar y, al mismo tiempo, bajo el influjo del alma para vivir por sí mismos. Si vemos esto de acuerdo a la Biblia, lo entenderemos aún más claramente, porque ambos son carnales. Algunas veces pueden pecar, y otras, viven conforme a sí mismos; unas veces siguen al alma y otras al cuerpo. De hecho, muchos creyentes viven así. Si un creyente puede pecar y al mismo tiempo ser anímico, entonces también puede ser anímico y al mismo tiempo tener algunas experiencias espirituales. De todos modos, la experiencia del creyente es bastante compleja. Aunque esto se refiere a los detalles, lo importante es que el principio es el mismo. Lo más importante es preguntarnos qué tanto hemos sido purgados de las cosas deshonorosas. Si no es así, entonces todavía pertenecemos a ellas, y aunque tengamos experiencias espirituales, todavía no somos espirituales. Solamente somos

espirituales cuando ya no tenemos la experiencia del pecado ni del yo. Un creyente puede tener muchos sentimientos maravillosos en su alma, pero todavía tiene muchos deseos en el cuerpo. También puede tener muchas experiencias espirituales, pero todavía tiene los sentimientos del alma. Por supuesto, hay algunos que ya fueron librados de una esfera y entraron en otra.

2. **CAPITULO 12 (LOS PELIGROS DE LA VIDA DEL ALMA)**

2.1 **LAS MANIFESTACIONES DE LA VIDA ANIMICA**

Ya mencionamos la manera en que se manifiesta la vida del alma. Lo podemos resumir en estas palabras: la manifestación de la vida del alma se puede clasificar generalmente en cuatro categorías: (1) usa la habilidad natural; (2) es obstinada, recalcitrante y desobediente a Dios; (3) afirma ser sabia y tiene muchas opiniones y planes; y (4) busca experiencias espirituales por medio de los sentimientos. Todo ello se debe a que la vida del alma es la habilidad natural y a que el alma se compone de la voluntad, la mente y la parte emotiva.

Debido a que las tres partes principales del alma son la mente, la parte emotiva y la voluntad, muchos creyentes, aunque son anímicos, tienen experiencias que son muy diferentes entre sí. Algunos se inclinan hacia el intelecto, otros hacia las emociones, y otros hacia la voluntad. Aunque estos aspectos son totalmente distintos, todos ellos son anímicos. Quizá un creyente que se incline hacia la mente puede discernir que otro, que se inclina hacia las emociones, es anímico; por su parte, el que se inclina hacia los sentimientos, tal vez discierna que quien tiende a la mente es anímico. En realidad, ambas personas son anímicas. Lo que importa es que el creyente aplique la luz que Dios le revela, para que vea su propia condición, y que la verdad lo haga libre, en vez de usar esto como conocimiento y como una medida para criticar a otros. Si los hijos de Dios están dispuestos a aplicar la luz de Dios para ser iluminados, su vida espiritual cambiará.

La evidencia de que uno es anímico es la búsqueda, aceptación y propagación de la verdad a un nivel intelectual. Aun las experiencias más espirituales y la verdad más elevada solamente cultivan la mente. Aunque la vida de uno sea afectada, la meta original es satisfacer la mente. Cuando los creyentes son anímicos y son controlados por su mente, ésta se llena de deseos espirituales, los cuales dependen más de sus propios

pensamientos que de la revelación de Dios. Lo que planean con su mente es más que lo que oran y que lo que dependen de Dios.

Lo que los creyentes más confunden con la espiritualidad es sus emociones. El creyente que se inclina hacia las emociones, por lo general procura tener sensaciones; quiere sentir la presencia de Dios en su **corazón** o en su **cuerpo**; desea sentir el "fuego ardiente" del amor; quiere ser feliz, ser espiritual, sentirse eufórico y que la obra marche sin contratiempos. El creyente espiritual, algunas veces también tiene esta clase de sentimientos, pero no depende de ellos para seguir adelante ni para estar satisfecho. El creyente emotivo puede servir al Señor solamente cuando tiene estos sentimientos. De lo contrario, no da ni un paso.

La voluntad es la manifestación más común de la vida anímica. La voluntad es el órgano con el que uno toma decisiones. Así que, por medio de ella, los creyentes anímicos hacen del yo el centro de todos sus pensamientos, palabras, hechos y de su propia vida. Desean entender cosas para ellos mismos; sentir deleite para sí mismos. Actúan en conformidad con su propio plan. La meta de su conducta es obtener gloria para sí mismos. Se centran en ellos mismos.

Vimos que en la Biblia la palabra **alma** se traduce **ser viviente** o **animado**. Así que, esta palabra en el idioma original denota la vida animal. Por esto, entendemos cuál es verdaderamente la manifestación de la vida anímica. Se podría decir que la vida y obra de los creyentes anímicos no es más que actividades animales o comportamiento animal. Hacen muchos planes, efectúan muchas actividades, su pensamiento está ocupado, sus emociones distraídas, y todo su ser, por dentro y por fuera, está lleno de agitación y confusión. Cuando se motivan, las otras partes de su ser también son estimuladas. Pero cuando están deprimidos y no sienten nada, sus pensamientos y su voluntad estarán confundidos. La vida del creyente anímico es muy activa durante todo el día en su cuerpo, en su mente y en sus emociones. Esta vida se rige por un comportamiento animal, y difiere mucho de la vida espiritual donde Dios es el Señor de todo.

En conclusión, la obra del alma hace que el creyente viva por su propia vida natural, que labore y sirva a Dios con sus habilidades y su voluntad, que procure conocer al Señor y acercarse a Él, y que experimente la presencia del Señor mediante sus propios sentimientos; que use las facultades de su mente para entender la palabra de Dios y para calcular, planear e inferir.

Si el creyente le sirve a Dios sin recibir revelación llevando a cabo la obra mediante las capacidades de su vida creada, él mismo sufrirá una gran pérdida espiritual, y lo que haga no tendrá ningún fruto espiritual. Debe estar bajo la revelación de Dios para así darse cuenta de que es indigno

delante de Dios, y cuán vergonzoso es usar la habilidad animal creada para agradar a Dios y para llevar a cabo la obra espiritual. Cuando vemos que un niño ambicioso se halaga a sí mismo y está lleno de jactancia, sentimos vergüenza por él. Así ve Dios nuestras actividades animales. Debemos tener más experiencias de arrepentirnos hasta el polvo, en vez de tratar de sobresalir.

2.2 LA LOCURA DE LOS CREYENTES

Muchos creyentes no perciben el daño que causan sus experiencias anímicas; sólo entienden que pecar es hacer cosas carnales que pueden contaminar al espíritu, y que eso es lo que debe ser rechazado y erradicado. La vida del alma es la vida común a todas las personas, y que todos los animales tienen en esta vida. ¿No es apenas lógico que vivamos por esa vida? No cometemos ningún pecado sólo por vivir basándonos en *la vida natural*. ¿Qué hay de malo en ello? Si el creyente recibe estas enseñanzas en su *mente*, no importa si se opone o está de acuerdo, no ve en su corazón por qué la Biblia enseña que la vida del alma debe ser rechazada. Por ejemplo, si alguien transgrede la ley de Dios y peca en contra, sabemos, por supuesto, que eso no es correcto. Pero si se esfuerza por hacer el bien y por desarrollar todas sus virtudes, ¿qué objeción podemos tener? Mientras él lleve a cabo la obra de Dios fervientemente, aun cuando no dependa del poder de Dios, piensa que está llevando a cabo la obra de Dios. Quizá hay muchas cosas que en realidad Dios no desea que *él* haga. Inclusive, lo que este creyente hace no es pecaminoso sino lo mejor que puede hacer. ¿Hay algo de malo en esto? Ya que Dios me dio muchos dones y tanta inteligencia, ¿por qué no se me permite hacer uso de ellos en la obra? Al servir a Dios, ¿no es el momento oportuno para utilizar mis talentos? Si uno no tiene ningún talento, no hay nada que decir; pero si uno tiene talentos, ¿no es ésa una buena oportunidad para exponerlos y usarlos?

Antes era obvio que era correcto que uno no prestara atención a la Palabra de Dios; pero ahora, ¿cómo puede estar mal que utilice su mente en una manera diligente para tratar de entender el significado de la Biblia? ¿Puede haber maldad al leer la Biblia? Como hay tantas verdades que aun no entiendo, si no ejercito mi mente para estudiarla, ¿tal vez tenga que esperar mucho tiempo?

Ya que Dios nos dio la mente, ¿no era Su intención que la utilizáramos? Cuando usamos nuestra mente para planear la obra de Dios, ¿acaso pecamos? Si la usamos para las cosas de Dios, ¿por qué no podemos

hacerlo? Además, buscamos la presencia de Dios con toda sinceridad. En algunas ocasiones mi vida me ha dejado seco y mis obras ya no me interesan; entonces Dios me ha permitido sentir el amor del Señor Jesús como un fuego ardiendo en mi corazón, lo cual me llenaba de felicidad. Sentía que Él estaba conmigo y que casi podía tocarlo. ¿No es esto el clímax de nuestra vida espiritual? Muchas veces, al perder este sentimiento, sentí que mi vida era muy árida, insípida, fría e inútil. En tales ocasiones, francamente deseaba buscar al Señor, y orar, a fin de que tal sentimiento regresara. ¿Cómo puede estar esto equivocado?

Muchos creyentes quisieran expresar en sus corazones estas cosas que acabo de mencionar, debido a que no diferencian entre lo que es espiritual y lo que es anímico. Aún no han recibido del Espíritu Santo la revelación **personal** que les muestra la maldad de su vida natural. Tienen que acudir al Señor con más frecuencia y estar dispuestos a aprender más, pidiendo al Espíritu Santo que les revele cuántas cosas malvadas hay en sus vidas naturales tan buenas. Al hacer esto, uno debe ser franco y humilde, y estar dispuesto a eliminar lo que el Espíritu Santo alumbra. Después de hacer esto, el Espíritu Santo a su debido tiempo, le mostrará cuán corrupta es la vida natural.

El Espíritu Santo le permitirá comprender que toda su obra y su vida están centradas en el yo y motivadas por el mismo, y que no permite que el Señor reine en todas las cosas. Las buenas obras que uno hace, las hace según uno mismo. Los creyentes anímicos buscan simplemente su propia gloria. No hacen nada con la intención de buscar la voluntad de Dios, ni están dispuestos a someterse a Él ni a seguir Su guía confiando en Su poder. Sólo hacen lo que concuerda con su propia voluntad, siguiendo su propio camino en todo. Así que, todas sus oraciones y su búsqueda del Señor son sólo hipocresía. Aunque aplican el don que Dios les dio, solamente piensan en dicho don y se jactan en él, y hacen a un lado al Señor, quien se lo dio. Aunque tienen muchos dones, los usan indiscriminadamente sin preocuparse por la voluntad del Señor, quien les dio tales dones. Aunque buscan con celo la voz del Señor, no están dispuestos a esperar delante de Dios. Cuando buscan al Espíritu Santo para que les dé revelación y entendimiento, sólo buscan conocimiento para satisfacer el deseo de su mente. Aunque buscan la presencia de Dios y desean sentir el amor del Señor y Su cercanía, no lo hacen para el Señor, sino que simplemente desean estar contentos. No se complacen en el Señor, sino en las sensaciones, en lo que los reconforta, los alegra y los hace sentir en la gloria del tercer cielo. Toda su vida y su obra se centra en ellos mismos, y su esperanza es ser felices.

Sólo cuando el Espíritu Santo trae revelación al creyente, éste descubre cuán abominable es su propia vida y entiende cuán insensato es tratar de conservar su vida anímica. Esta revelación no es repentina ni de una vez por todas, sino que es gradual y progresiva. Cuando el Espíritu Santo resplandece con Su luz por primera vez en el creyente, éste se arrepiente en la luz y está dispuesto a que muera la vida de su alma. Pero como el corazón del hombre es perverso, al poco tiempo, quizá en unos pocos días, vuelve de nuevo a confiar en sí mismo, a amarse a sí mismo y a complacerse en sí mismo. Por lo tanto, la revelación vuelve con frecuencia para que el creyente esté dispuesto a renunciar a la vida de su alma. Lo más lamentable es que muy pocos se someten espontáneamente al Señor y acuden a Él en todos estos asuntos. Por lo general, sólo después de que el Espíritu Santo permite que el creyente fracase un sinnúmero de veces y experimente muchas derrotas, llega él a estar dispuesto a renunciar a la vida del alma. Y aún si llega a esta condición, ¡cuán incompleta es su disposición y cuán inestable!

Los creyentes debemos abandonar nuestra necedad y aceptar el punto de vista de Dios, y reconocer que nuestra vida es incapaz de agradar a Dios. Debemos tener un corazón tal, que no tema permitir que el Espíritu Santo esponga, una por una, las vilezas de nuestra vida anímica. Por la fe, debemos confiar en la evaluación que Dios hizo de nuestra vida y estar dispuestos a que el Espíritu Santo, mediante la Palabra, nos revele lo que es nuestra vida. Solamente así, El podrá guiarnos en la senda de la liberación de nuestra vida anímica.

2.3 EL PELIGRO DE VIVIR CENTRADOS EN EL ALMA

Cuando los creyentes no han alcanzado o no están dispuestos a alcanzar lo que Dios quiere que alcancen, se encuentran inevitablemente en peligro. Dado que la meta de Dios es que los creyentes vivan en el espíritu, y no en el alma ni en el cuerpo, si ellos no viven en el espíritu, sufrirán pérdida. Existen por lo menos tres clases de peligros.

a. El peligro de reprimir el espíritu

Todas las obras del Espíritu Santo son hechas en el espíritu del hombre. Dios trabaja en el siguiente orden: primero hace que el Espíritu Santo se mueva en el espíritu humano, después brilla como luz en la mente (**el alma**)

y, por último, hace que Su obra sea llevada a cabo por el cuerpo. Este orden es muy importante.

Puesto que el creyente nació del Espíritu, debe andar por el Espíritu. Sólo de esta manera podrá entender la voluntad de Dios, actuar con el Espíritu Santo y vencer todas las estratagemas del enemigo. El espíritu del creyente debe ser muy viviente. Los creyentes deben seguir la iniciativa del espíritu y no reprimir su acción, para que, por medio de él, el Espíritu Santo lleve a cabo Su obra. El Espíritu Santo necesita la cooperación del espíritu humano para hacer que los creyentes sean victoriosos en su vida diaria, estén siempre listos y sean aptos para actuar cuando Dios lo ordena.

Sin embargo, muchos creyentes no entienden la obra del espíritu ni pueden distinguir entre lo que es espiritual y lo que es anímico. Algunas veces toman lo espiritual por anímico, y lo anímico por espiritual. En consecuencia, utilizan su habilidad anímica para vivir y laborar, e incluso suprimen la vida del espíritu. En realidad, se conducen según el alma, pero piensan que lo hacen según el espíritu. Esta necedad hace que su espíritu no pueda actuar en conformidad con el Espíritu Santo, y esto detiene la obra del Espíritu Santo en él.

Cuando el creyente vive en torno al alma, se conduce según los pensamientos, las imaginaciones, los planes y las visiones de la misma. Busca los sentimientos de felicidad y actúa de acuerdo con ellos. Como resultado, si tiene estas experiencias con frecuencia, estará contento, de lo contrario, se desanimará a tal grado que no podrá dar ni un paso. Esto hará que no viva en su vida espiritual, sino que viva de acuerdo con sus sentimientos, cambiando su vida de acuerdo con sus sentimientos.

Es decir, el creyente no actúa ni se conduce según su órgano principal, su espíritu, sino que es atraído a vivir en los sentimientos externos de su alma y de su cuerpo. De esta manera, la noción de darle prioridad al espíritu es vencida por el alma y el cuerpo. Esto hace que el creyente llegue a ser insensible a dicha noción. Como resultado, llega a estar consciente de que tiene alma o de que tiene cuerpo.

Así pierde la cooperación del espíritu con Dios, y el crecimiento de la vida espiritual se suprime o se detiene. El espíritu no podrá actuar ni hacer que el creyente reciba la capacidad y la dirección para pelear la batalla y para adorar a Dios. Si el espíritu no tiene plena libertad de gobernar dentro del hombre y si el hombre no echa mano del poder del espíritu para vivir en este mundo permitiéndole al Espíritu ser el amo en todas las áreas, no puede crecer para llegar a la madurez. Debido a que es tan delicado estar consciente del espíritu, si el hombre no aprende a seguir y discernir su sentir, ¿cómo podrá detectarlo, especialmente cuando hay estímulos

externos actuando sobre los sentimientos de su vida anímica, que son tan turbulentos y fuertes? Los sentimientos del alma no solamente le impiden estar consciente del espíritu, sino que también reprimen el mismo.

b. El peligro de retroceder a la esfera del cuerpo

Muchas de las cosas que **Gálatas 5** describe como "**obras de la carne**" son los deseos que naturalmente proceden del cuerpo del hombre. Sin embargo, no pocas de ellas también son obras del alma. "**Disensiones, divisiones, sectas**" (v. 20), etc., todo ello procede del alma del hombre, de su personalidad. Esto se debe a que los creyentes tienen diferentes ideas y opiniones. Pero debemos tener presente que estas cosas que el alma produce están en la misma categoría de los pecados del cuerpo: "**fornicación, inmundicia, lascivia...borracheras, orgías**". Esto nos recuerda cuán estrecha es la relación entre el alma y el cuerpo. De hecho, no es posible separarlos; ya que el cuerpo que ahora poseemos es el "**cuerpo anímico**" (1 Co. 15:44). Así que, si el creyente solamente trata de vencer su naturaleza pecaminosa, mas no su vida natural, aunque quizá venza temporalmente sus pecados, no pasará mucho tiempo sin que recaiga en la esfera del cuerpo y del pecado. Tal vez no cometa algún pecado horrible, pero en todo caso no se puede deshacer de eso que se llama **pecado**.

Tengamos presente que la cruz es el lugar y el medio que Dios utiliza para ponerle fin a la vieja creación. La cruz no calcula que hay en nosotros que deba ser eliminado, sino que elimina la vieja creación en su totalidad. El creyente no puede ir a la cruz solamente para recibir la gracia de la muerte sustitutiva sin recibir la liberación que le trae morir juntamente con Cristo. Una vez que uno recibe al Señor como Salvador por la fe, aunque solamente entienda el aspecto de la muerte sustitutiva o algo más, el Espíritu Santo obra continuamente, por medio de la nueva vida depositada en uno haciendo que espontáneamente aborrezca el pecado y guiándolo a buscar la experiencia de saber que murió juntamente con Cristo. Si uno persiste en resistir el deseo de esta nueva vida, aunque no pierde la vida, perderá el **deleite** y la dicha de esta vida, es decir, "**el gozo de su salvación**". De igual manera, si uno sabe que el poder de la salvación efectuada en la cruz lo capacita para vencer la naturaleza pecaminosa, el Espíritu Santo continuará guiándolo para que avance y para que procure experimentar la victoria sobre la vida natural. La cruz no dejará la obra a medias ni se detendrá, sino que obrará más profundamente cada vez. Si la vieja creación no ha sido completamente crucificada en la experiencia, la cruz no se

detendrá, pues su meta es destruir totalmente lo que es de Adán. Si un hijo de Dios recibió la gracia y experimentó la liberación de los pecados, pero no avanza a vencer su vida natural, y sigue viviendo en la vida de su alma, verá que su alma una vez más se unirá al cuerpo, guiando al creyente a retroceder y haciendo que de nuevo peque en aquello que ya había sido vencido. Así como cuando uno navega en contra de la corriente, si no avanza, retrocede. Si la cruz no opera de una manera profunda en nosotros, entonces, en poco tiempo, lo que había logrado, de hecho, se perderá. Esto nos muestra por qué muchos creyentes que una vez experimentaron cierta liberación del pecado después recaen. Si la vida de la vieja creación persiste en el creyente, en poco tiempo se unirá con la naturaleza de la vieja creación.

c. El peligro de ser usados por el poder de las tinieblas

La **epístola de Santiago** fue dirigida a los creyentes. En los versículos 14 y 15 del capítulo tres, se describe explícitamente la relación que existe entre la vida del alma y la obra de Satanás, con estas palabras: **“Pero si tenéis celos amargos y ambición egoísta en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, anímica, demoníaca”**. Aquí vemos que hay cierta sabiduría que proviene de Satanás. Esta sabiduría también pertenece al alma del hombre, lo cual nos lleva a concluir que es el resultado de la obra de Satanás en la mente. Eso es evidente. **La carne es la herramienta del diablo, pero la obra de Satanás en el alma no es diferente a su obra en el cuerpo**. Estos dos versículos nos dicen que la envidia y las contiendas se deben a que los creyentes buscan conocimiento, lo cual obedece a que el diablo opera en la vida del alma. Tal vez un creyente solamente sepa que el enemigo tienta al hombre a pecar, pero no sepa que también le **pone** pensamientos. La caída del hombre se debió a que el hombre amó el conocimiento y la sabiduría. Satanás todavía utiliza esa misma estratagema para hacer que los creyentes conserven su vida anímica como una herramienta para su obra.

El plan de Satanás es mantener a los creyentes en la vieja creación, y cuanto más lo logre, mejor. Si no puede hacer que el creyente permanezca en su pecado, utilizará la necedad y la falta de disposición de los creyentes para mantenerlos en su vida natural. Si no fuera así, las huestes del Hades perderían sus empleos. Si el creyente se une más al Señor en su espíritu, la vida del Espíritu Santo fluirá más en su espíritu, y la cruz diariamente obrará con más profundidad. De este modo, el creyente podrá ser librado

de la vieja creación cada vez más. La nueva creación es la propia vida de Dios sobre la cual Satanás jamás gastará su energía. Por lo tanto, Satanás necesita idearse una manera para hacer que el creyente retenga algo de la vieja creación, ya sea el pecado o la parte buena de la vida natural, ya que por medio de ésta puede seguir trabajando. Por lo tanto, el enemigo molesta al creyente constantemente confundiéndolo al permitirle que aborrezca sus pecados, con tal que ame su propia vida.

Mientras el creyente era todavía un pecador, satisfacía "los deseos de la carne", lo cual se refiere a los pecados, especialmente a los que se relacionan con el cuerpo. "Y de los pensamientos", lo cual se refiere a la vida del alma (Ef. 2:3). Sin embargo, el versículo 2 nos dice que ambos están bajo la operación del espíritu maligno. Nuestro propósito es que el creyente entienda que Satanás no solamente trabaja en el cuerpo, sino también en el alma. Lo que recalcaremos ahora es que el creyente fue salvo para ser librado no sólo de sus pecados, sino también de su vida natural. Esperamos que el Espíritu Santo abra nuestros ojos para que sepamos cuán importante es este paso. Si el creyente es librado del poder del pecado y de la vida anímica, el enemigo fracasará en cualquier nivel en que quiera trabajar.

Si un creyente es anímico y no sabe guardar su mente, el espíritu maligno fácilmente podrá utilizar la sabiduría natural del hombre para lograr lo que pretende. Fácilmente puede sembrar malos entendidos y prejuicios en la mente del hombre, haciendo que dude de la verdad de Dios y de la sinceridad del hombre. La obra del Espíritu Santo en el hombre es en gran manera estorbada cuando un espíritu maligno ocupa la mente. Aunque la intención del hombre tal vez no sea mala, sus pensamientos son traicionados por su mente. Las buenas ideas resisten la obra del Espíritu Santo, del mismo modo que lo hace la necedad de las personas del mundo. La obra del espíritu maligno no se limita a eso; algunas veces puede dar a un creyente una visión u otros pensamientos asombrosos, haciéndole creer que, por ser sobrenaturales, deben proceder de Dios, y así lo engaña.

Antes de que se dé muerte a la vida del alma, es imposible que la mente no sea curiosa, exhibiendo fenómenos como anhelar, obtener y escudriñar; de esta manera da la oportunidad a algún espíritu maligno de operar.

Las emociones como parte de la vida del alma del creyente son fácil presa del enemigo, y en ellas puede hacer su obra. Debido a que el creyente busca sentimientos de felicidad y está ansioso por sentir al Espíritu Santo, el amor del Señor Jesús y la presencia de Dios, el espíritu maligno le permite tener sensaciones extrañas, estimula emociones en su vida natural y le permite que los órganos del cuerpo tengan experiencias extrañas. Todo

esto estorba la delicada función de la intuición del hombre y la voz del Espíritu Santo.

Si un creyente no pone fin a su vida anímica, sufrirá grandes pérdidas en la guerra espiritual. En **Apocalipsis 12:11**, vemos que una de las grandes condiciones para **vencer al diablo es aborrecer la vida del alma hasta la muerte**. La actitud de amarse a sí mismo y de tenerse compasión, debe llevarse a la cruz. De lo contrario, fracasaremos ante el enemigo. Los soldados de Cristo que tienen cierta simpatía o cierta preocupación por sí mismos, y un amor profundo por su propia vida, pierden la victoria. Esta actitud hace que el creyente se preocupe por sí mismo, se examine a sí mismo, lo cual le trae derrota. Si el enemigo puede llenar el corazón del creyente de ansiedad y de preocupación por sí mismo, entonces lo vencerá.

Cada vez que tenemos dudas, dejamos que el enemigo vea nuestras debilidades. Debemos dar muerte a la vida del alma; así tendremos la posibilidad de derrotar al enemigo. Satanás puede trabajar en un alma que no tenga restricciones y puede atacar directamente el alma que no ha pasado por la cruz, y traer derrota al creyente. La vida del alma es la ayuda con la cual el enemigo cuenta dentro de nosotros. Si un creyente utiliza su propia fuerza y se rehúsa a ser librado del dominio de la vida anímica, le dará al enemigo la oportunidad de que tome ventaja de él. No importa cuánto comprenda la verdad el creyente ni cuánto celo tenga en la guerra espiritual, el alma siempre es el punto peligroso. El peligro es aún mayor cuando el creyente llega a ser más espiritual, ya que la acción anímica se hace más difícil de detectar. Cuanto más imperceptible sea la acción de la vida anímica, más difícil es hallar la manera de exterminarla. En la vida espiritual muchas veces es casi imposible detectar cuando hay una mezcla del espíritu con una pequeña porción de expresión del alma. Algunas veces parece no existir ni la más mínima diferencia entre ser anímico y ser espiritual. Si el creyente no está alerta para resistir al diablo, fracasará por causa de la vida de su alma.

La obra que Satanás lleva a cabo en la vida anímica del creyente engañándolo, va más allá de lo que éste puede imaginar o esperar en la vida diaria. Quisiéramos advertir que, según el precepto divino, debemos rechazar todas las cosas que recibimos de Adán, a saber, nuestra vida y nuestra naturaleza. **Siempre será peligroso no obedecer a Dios.**